

CAPÍTULO II

REGRESANDO de Loreto por el ferrocarril se llega á Ancona, de allí á Foligno y de Foligno á Asís, donde se levanta uno de los santuarios más notables de la Cristiandad. Situada la pequeña ciudad en terreno fragoso, ofrece una vista deliciosa, y de sus alturas pueden admirarse los más bellos paisajes de la Umbría.

La Roca de Asís donde se asentaba el vetusto castillo en que los señores trataban de dominar al mundo por medio de la fuerza, ha dado lugar á una basílica donde en medio de las grandezas del arte se respira el perfume suavísimo de la religión.

Allí, entre aquellas escabrosidades, con su torre cuadrangular, se levanta el suntuoso templo en memoria de aquel Santo, verdadero imitador de Cristo, que ha

llevado con sus gloriosos hijos hasta las regiones más apartadas del orbe la luz de la fe y el consuelo á la humanidad afligida.

El nombre de San Francisco está unido á las más altas empresas, y en la evangelización de México perdura como un astro sin ocaso que ilumina á los pueblos y les señala el verdadero camino de la vida.

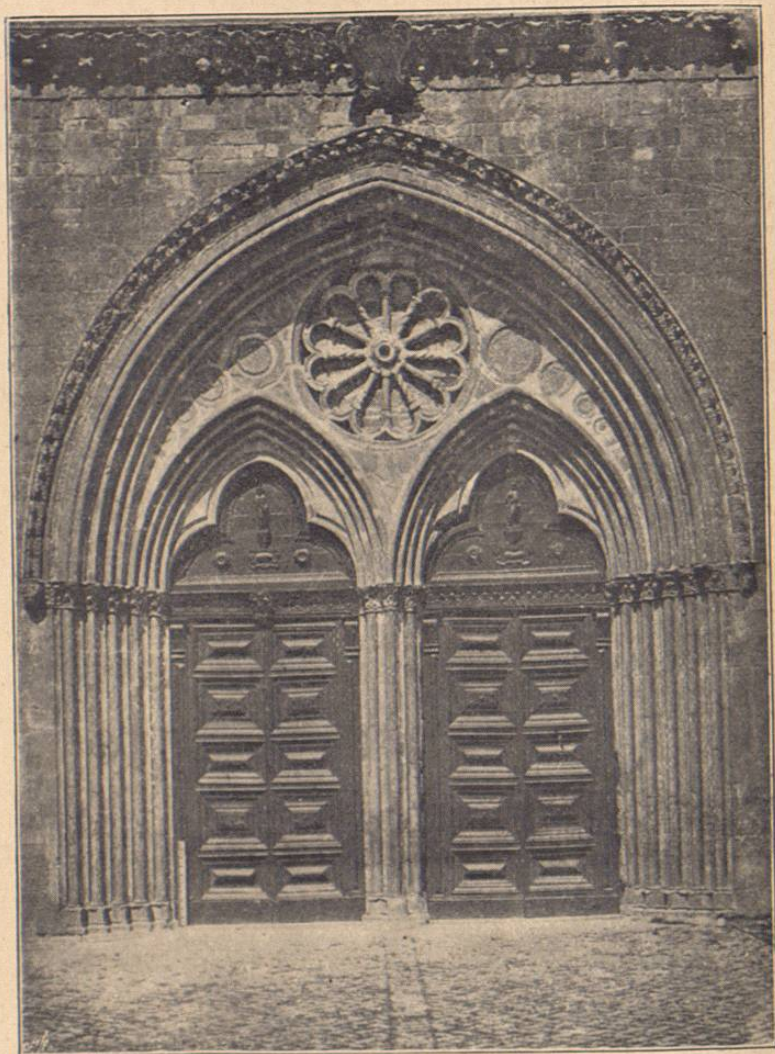
Encontrarse en Asís, equivale á encontrarse en un remedo del paraíso, pues por todas partes se descubren lugares honrados con la presencia del Santo fundador de una orden que ha esparcido la semilla del bien por todos los ámbitos del mundo.

Lo primero que se lee en el arco de la basílica, al entrar, es la inscripción: «*Indulgentia plenaria quotidiana*», que ensancha el ánimo y hace pensar en cosas que no están ligadas con la vida terrena.

Son tres los templos sobrepuestos que ha edificado allí la piedad cristiana: el subterráneo, imponente y majestuoso, guarda el cuerpo del Santo; el intermedio, rico en mármoles, oro y obras de arte, con la tenue luz que allí penetra invita á la oración; y el superior con su grandiosa arquitectura, parece un himno de gloria elevado al Altísimo.

El viejo convento, anexo á la basílica, conserva su aspecto medioeval; pero en el interior, queda poco de la vida monástica, pues el poder civil ha invadido aquel sagrado recinto, dejando pequeño espacio á los hospitalarios religiosos que reciben siempre al viajero con una amabilidad imposible de olvidar.

Cierto es que la basílica despierta en la mente pensamientos piadosos; pero el peregrino que quiera entrar



Asís.—PUERTA DE LA IGLESIA SUPERIOR.

en más profundas meditaciones, debe recorrer sitio por sitio aquellos benditos lugares.

En el templo dedicado á Santa Clara se conserva el cuerpo de la santa, visible tras de una reja á cuantos quieran contemplarlo. La veneranda reliquia fué encontrada en 1850, y honrada, por acuerdo de Monseñor Pecci, Obispo de Perusa, y bajo el cuidado de Monseñor Ulli, Vicario de Asís. Hoy aquél de 91 años es el augusto Pontífice León XIII, y el segundo de 93 continúa siendo el Vicario de Asís. El quincuagésimo aniversario del hallazgo del cuerpo de Santa Clara, acaba de celebrarse por uno y otro. ¡Hermosa coincidencia!

Mas si el cuerpo de la santa reposa en el templo que le fué dedicado, su memoria vive en San Damián, el convento en que moró, dando ejemplo de su amor á Dios, á sus hermanas, las humildes religiosas de San Francisco. Y permanecen allí las herederas de su orden, en aquella misteriosa soledad y...—¿Qué hacen?—pregunta una piadosa escritora.

«¡Rezán y trabajan!

»¡Rezán por ellas, por nosotros, por los que no rezan!

»Trabajan para todos aquellos que tienen necesidad de su trabajo!

»Y en el trabajo y la oración transcurre su vida tranquila y fecunda. La fortaleza-templo que se entrevé desde el Pincio, tal es para ellas verdaderamente. Hay en su corazón la fortaleza inexpugnable que les da la victoria y las asegura en la lucha contra todo mal, contra toda pobreza, contra todo dolor. Y en su corazón existe también el templo purísimo en que se nutre

el afecto que las hace amarse como hermanas verdaderas y las eleva hasta su Esposo Jesús.»

Pero no sólo es esto lo que debe admirarse en aquella paradisiaca región de la Umbría. Todo cuanto allí se encuentra exhala un aroma que hace pensar en la vida sublime del santo fundador, á quien debe la religión tantos hijos heroicos y abnegados.

En esos lugares está aún el bosque donde cantan millares de pajarillos, aquellos pajarillos que se agruparon en torno de San Francisco para oírle predicar, y que no emprendieron el vuelo, sino cuando el santo les hubo echado la bendición. Allí desapareció á su voz el torrente que lo distraía cuando se hallaba entregado á la meditación, y su alma se extasiaba en la contemplación de las cosas divinas. Y allí se cultiva todavía el rosal silvestre que teñido con la sangre del santo florece y da rosas sin espinas, de aroma delicioso.

Fácil es visitar Asís, como dice una inteligente escritora; pero es difícil *sentirlo*. El viajero llega allí por curiosidad, el artista para estudiar el panorama y los monumentos que encierra, el poeta para cantar lo que le inspire la pródiga naturaleza; pero sólo al cristiano sincero le es dado convertirse por un instante en poeta, viajero y artista para sentir y apreciar las bellezas que por donde quiera le hablan un lenguaje misterioso, pero que levanta el alma á celestiales regiones.

La Catedral de Asís, antiguo monumento en que las artes han recibido de la religión sus fecundas inspiraciones, está dedicada á San Rufino. Todavía se encuentra el bautisterio en que recibió San Francisco las aguas saludables de la gracia. Allí, por manera miste-

riosa, un desconocido predijo lo que el niño cristiano habría de ser con el tiempo, y la profecía se cumplió al pie de la letra.

Hablando de este bautisterio, dice lo siguiente Adela Pierrottet, en un precioso librito:

«... para quien oye la voz de las cosas, el bautisterio de San Rufino habla al corazón. Su agua vivificante llamó á la gracia á Santa Clara, á Santa Inés y á muchos otros santos, compendiados todos en el más grande de ellos, en San Francisco, el Santo que por excelencia ha llamado al mundo á la regeneración moral y social del Evangelio.

»Y no es esto sólo lo que dice, sino que con murmurio más leve la *sora aqua* (hermana, la llamó San Francisco cuando se retiró del bosque para no distraerlo) de la fuente de Asís, parece sugerir y agregar alguna otra palabra: ¿no ha venido desde Federico II una regeneración de la lengua italiana?

»¿Y tanto impresiona la idea, que nos parece propio que cualquiera persona, por poco que se ponga en contacto con el pobrecito de Asís, ha de ser germen de alguna reforma útil á la sociedad humana.

»Y una visión desfila frente á nosotros, tranquila, hierática.

»Giotto, devoto de San Francisco, reproduce su semblanza de mil maneras y regenera la pintura...

»Dante, devotísimo del dulce Santo, se convierte en el padre de la literatura italiana, sublimándose cuando de Él habla...

»Giacoma dei Settesoli, la adoradora humilde, modesta, lejana, siempre vigilante, con su espíritu filial,

resulta el tipo más perfecto del beneficio oculto.....

»Clara de los condes Scifi, la hija primogénita de San Francisco, inicia una regeneración de la mujer y se torna ella misma fuente de luz...

»Antonio de Padua, el gran secuaz, marca una huella profunda en el despertar de los corazones y de las inteligencias...

»Luccherio, el manso Luccherio, no señala menos una regeneración en las familias...

»¿Y Buenaventura de Bagnorea? El gran santo que veía á Dios en toda verdad y toda verdad en Dios, el gran franciscano que exclama á cada nuevo conocimiento:

«*In omnibus Deus videas!*»

¿no es acaso un iniciador de la grande y posible unión entre la ciencia y la fe?...

»¿Y los della Robbia, que tantos tesoros de arte profunda y de belleza adunaron, esparciéndolas sobre el monte sagrado della Verna, y reproduciendo bajo mil aspectos suaves al santo de las armonías cristianas, al esposo de la pobreza y del arte?

»¿Y el Beato Angélico que trasladó á la tierra algunas de las divinas figuras entrevistas por San Francisco en el cielo?

»¿Y Ludovico de Casoria que «cantando y tocando» inició, como él decía, una verdadera escuela de amor de Dios?...

»Sí; alumnos y secuaces pasan, prosiguen adelante, formando todos, en la unión de los afectos y de los sentimientos, aquel renovarse de las conciencias, cuyo

principio fué orgullo absoluto de San Francisco, y cuyo *porvenir*, se podría asegurar, es aún actualmente su orgullo.»

Subsiste también en aquellos sitios, la Porciúncula, de donde toma nombre el santo jubileo tan conocido entre nosotros y en todo el mundo. Allí, en ese lugar, rodeado de bellísimos paisajes, fué donde San Francisco entregó su espíritu al Señor, bendiciendo antes á Asís y pidiendo para su predilecta ciudad las gracias del cielo, á la luz de un hermoso crepúsculo de Otoño.

Cuando el viajero se aparta de aquellos lugares para proseguir su camino; siente el alma dilatarse hacia lo infinito aspirando un perfume delicioso, como el que se desprende de las rosas sin espinas.

